

C A P Í T U L O I

**Del gran susto y la extraña aparición que tuvo
un pastorcillo de los campos de Montiel**

Vagaba un pastorcillo con su rebaño por los celebrados campos de Montiel en la vieja España, y no caminaba ciertamente por fáciles senderos ni por risueños prados, sino por dondequiera que saltaban gozosos los más inquietos cabritillos, ora trepándose a las peñas, ora metiéndose por las malezas o sepultándose en el fondo de los barrancos, alternativas que no cambiaban el buen humor del muchacho, por ser cosa propia del oficio y porque mostraba en su semblante ser de condición apacible y estar ya habituado a los trabajos de su profesión pastoril.

De pronto el pastorcillo detuvo el paso y se quedó en suspenso, porque oyó voces sordas y confusas que salían de la tierra. ¿Quién podría darlas en aquel paraje solitario? Esta natural pregunta que el muchacho se hizo para sí, no tuvo más respuesta que un ¡Dios me ampare! lleno de tribulación y de espanto, que él mismo dio al viento, retrocediendo instintivamente varios pasos. Las voces eran cada vez más fuertes y tenebrosas, y lo que mayor miedo causaba al pastor era que salían del interior de la tierra por entre unas piedras y malezas, donde a la sazón brincaban las cabras de una parte a otra, espantadas a su vez de aquellos gritos subterráneos, que ya no eran sordos ni confusos como al principio, sino voces que claramente pedían auxilio. Cobró ánimo el muchacho, que era muy buen cristiano, y encomendándose a toda la corte celestial, se allegó un poco al montecillo que encerraba el misterio, llevando cogida con ambas manos la cruz del rosario y preguntando con temblorosa voz:

—¿De parte de Dios, decid qué queréis?

Diciendo esto, se quedó clavado en el sitio, esperando oír una contestación del otro mundo, porque creía habérselas con alguna ánima en pena, respuesta que no tardó en recibir, sin saber a punto fijo de dónde partía, pues sus ojos solamente veían las piedras y la maleza. Una voz fuerte y ahuecada le respondió en un tono más propio de requerimiento que de súplica:

—Quienquiera que seáis, hombre o mujer, pastor o viandante, seglar o eclesiástico, allegaos aquí por la abertura que dejan estas piedras, que tengo de pedir os una gran merced.

Por mucho esfuerzo que el pastor hizo para allegarse, no se lo permitió al momento el gran temblor de sus piernas, de suerte que dio tiempo a que tornase la cavernosa voz a requerirle por segunda y tercera vez. Así como el pastor pudo al cabo vencer el miedo, que es por cierto mayor valentía que ejercitar el valor mismo, se allegó más a las consabidas piedras, rompiendo en parte la tupida maleza que las arropaba, repitiendo con apagada voz lo que antes había dicho.

—Gracias os doy, caritativo cristiano, porque venís a ayudarme en la necesidad que padezco. Buen rato hace que trabajo por apartar las piedras que cierran la entrada de esta caverna. Meted, pues, un palo por esta abertura y haced fuerza para descubrir la boca de ella, que aunque vos no me veáis de fuera, yo os distingo de adentro tal cual sois, pastor amigo, a quien Dios se ha servido mandar por estos sitios como ángel salvador, que me saque de esta misteriosa cueva a la luz del mundo, y me ponga en el camino y ejercicio de las altas empresas para que estoy destinado, según el vaticinio y pensamientos del gran profeta Merlín, sabio entre los sabios, gloria y orgullo de los pasados siglos, y clarísima antorcha de los venideros.

En los cuentos y relaciones que el pastor había oído hasta allí no se decía de ninguna alma en pena que hablase tan largo ni en términos tan extraños, sino que lisa y llanamente pedían lo que necesitaban, bien fuera un sufragio o el perdón de alguna deuda u ofensa, que las librase de las penas del purgatorio, por lo que entendió el pastor que se trataba de un vivo y no de un muerto, y con este caldo de sustancia, acreció su valor y dióse traza al instante de cortar una rama fuerte, aderezar una palanca y apartar la piedra principal que cerraba la boca de la cueva, a tiempo que el cautivo o

quienquiera que fuese proseguía en su discurso, ininteligible por completo para el rústico muchacho, cuyos oídos no estaban hechos ni acostumbrados a oír de ordinario sino las pláticas de los cabreros, y en raras ocasiones, las del cura de la parroquia, aunque respecto de éstas, tampoco podría afirmarse que las entendiese sin ayuda de vecino.

Es el caso, y así lo refiere el autor de esta noticia, no muy vieja, puesto que de ello no hace muchos años, que la boca o entrada de la caverna quedó libre, y por ella se asomó la cara más larga y flaca que ojos humanos hayan visto, sobre la cual resaltaban unos bigotes no menos largos y alesnados, una barba que por luenga y delgada parecía un limpiapeines de cerda o de fique, y unos ojos redondos y grandísimos a punto de salirse de sus órbitas. El pastor lanzó un gran grito de espanto, y con la rapidez de un ciervo de monte dio la espalda y salió de carrera, dejando en el campo de la aventura el cayado, el morral y el sombrero, sin dar oídos a las voces que el aparecido le daba desde la boca de la cueva.

—¡Non fuyáis, pastor timorato! Non fuyáis, mi libertador y guía, que ningún mal recibiréis en vuestra persona y bienes, sino más bien el premio de vuestra generosa y noble acción. Volveos acá, que tengo dineros para pagaros, tantos que en muchos años no ganaríais de salario los que ahora mismo podéis recibir de mi mano.

El muchacho, de quien no hemos dicho la edad, la cual sería de catorce a quince años, temeroso de que le siguiese aquel fantasma, dejó el camino que llevaba y se metió por entre unos árboles, sin que el terror de que estaba poseído le hiciese olvidar las prendas que dejaba ni la suerte de su desbandado rebaño. Un tanto recobrado en este escondite, se puso a oír con atención las voces que de la caverna partían, entre las cuales oyó la oferta del dinero, que es remedio de toda pena, incentivo de toda esperanza y resorte principal en todo negocio humano. Fuese, pues, caminando con muchos rodeos hasta ponerse encima de la peña, bajo la cual se abría la boca de la cueva, y desde este paraje, sólo de las cabras transitado, le dijo al aparecido que pronto estaba para servirle y que le dijese qué otra cosa necesitaba.

—De vos quiero que completéis la obra empezada, pastor afortunado, yendo a cualquiera ciudad vecina a comprarme las ropas que necesito para

salir de aquí, puesto que no me obstruye ahora la salida la gran piedra que habéis removido, sino la vergüenza de mi desnudez, que es tan completa como la de nuestro padre Adán. Aquí tenéis dineros bastantes para ello y para holgares vos mismo en el campo y la ciudad como gustéis, porque es mi voluntad que cuanto os reste y sobre de la compra de mis vestidos, lo toméis para vos en recuerdo de mi agradecimiento.

Ante razones tan claras y terminantes, descendió el pastor con las precauciones que le sugirió su no acabado miedo; y es fama entre los caberos de los campos de Montiel que, como viese primero el muchacho la mano descarnada del aparecido y en ella el puñado de moneda de oro, que acreditaban su ofrecimiento, cuando descendió más y se puso frente a frente de él, no le pareció ya tan feo y espantable su rostro, ni tan cavernosas sus palabras, y que a vuelta de poco entró en amigable coloquio con él, y ajustaron los términos y condiciones de la compra de las ropas y otros menesteres, para lo cual recibió el dinero ofrecido en oro de muy buenos quilates.

En el tiempo que se tomó el muchacho para la ida y vuelta, el aparecido, a medio cubrir con una manta y otras ropillas que aquél le procuró, quedó encargado de cuidar la manada, y en posesión de una rústica y desmantelada choza a donde lo condujo su libertador; la cual no estaba hecha para dormir en ella, sino para que sirviese de refugio en un caso extremo, pero vino a ser de gran socorro y comodidad para el misterioso huésped, sujeto principal de esta historia que ahora no más va en los comienzos.